

Gabino-Alejandro Carriedo, Poesía interrumpida, edición de Francisca Domingo Calle, Madrid, Hueriga & Fierro, 2006, 218 pp.

A los veinticinco años de su desaparición, Gabino-Alejandro Carriedo (Palencia, 1923-San Sebastián de los Reyes, 1981) es un poeta que se está diluyendo en las historias y los recuentos canónicos de la poesía española del franquismo o de la posguerra, donde, sin embargo, tuvo un protagonismo evidente. Poco antes de su fallecimiento, en 1980 había aparecido una selecta antología de su poesía, espigada por el propio autor, bajo el espectacular título *Nuevo Compuesto Descompuesto Viejo* en la entonces todavía adolescente colección Hiperión. La prologaba conveniente y clarivamente Antonio Martínez Sarrión y, sin duda, sirvió para rescatar ante las jóvenes generaciones una obra llena de interés y de alternativas estilísticas que aclaraba una de las trayectorias más interesantes y secretas de la lírica de entonces. La muerte, sin embargo, lejos de redoblar la atención, fue alejándole de crítica y lectores, a pesar de que sí hubo quienes dieron buena cuenta necrológica del poeta desaparecido en la prensa de aquellos días.

Con posterioridad aparecieron dos obras póstumas, fruto del quehacer de los años últimos del poeta, en que solitario y de espaldas a las

veleidades de los mentideros poéticos proseguía -en medio de su absorbente trabajo de empresario editor de revistas para el mundo del diseño y la construcción- su labor de creación junto a una callada labor de recopilación y lima de su obra inédita y dispersa. Ahora Francisca Domingo Calle, agotada aquella ejemplar edición de Hiperión, acude en auxilio de la memoria del poeta, declinante, con otra antología no menos ejemplar y oportuna. Inmejorable conocedora de la obra carrediana, como autora que es de una importante tesis sobre la misma, ha sabido elegir lo mejor y más representativo de la poesía del autor siguiendo el hilo de sus libros. Y la acompaña con un prólogo amplio y ponderado, que aporta una estupenda información sobre las etapas de su trayectoria y las claves de su imaginario poético.

Prescinde la editora de los dos libros más flojos de su autor: el primero, *Poema de la condenación de Castilla* (1946), una excrescencia romántica y exasperada de juventud, que el propio poeta sometió a una torpe revisión "política" en los años de la llamada poesía social y reeditó en 1965; y *Las alas cortadas* (1959), largo y unitario poema que, bajo una fluencia irracional, auspicia su veta más visceralmente contestataria y reivindicativa.

Da comienzo la antología con los sonetos y poemas típicamente postistas, corriente a la que el poeta acudió tarde, pues se incorporó ya en su fase terminal cuando en el otoño de 1947 llegó de su Palencia natal a Madrid, pero de la que sacó un rendimiento inmejorable, pues la asunción de su visión y principios teóricos y el aprendizaje aprovechado de sus técnicas de desautomatización lírica le llevaría a la creación de su etapa más fecunda e innovadora, la de principios de los años 50, conocida como la del "realismo mágico", con libros como *Del mal, el menos* (1952) o *Los animales vivos*, que por problemas editoriales sólo vería la luz en 1966, una vez que el poeta había quemado su irreversible etapa social o política. Basta leer estos libros hoy día para percatarse de la vigencia y audacia vanguardista y rompedora que tienen y cómo no han sido lo suficientemente valorados en lo que tienen de originalidad y de anticipación en el tiempo.

En efecto, en estos libros están muchas de las apoyaturas irónicas, coloquiales, cotidianistas, displicentes que años más tarde poetas de la segunda generación de posguerra como Gil de Biedma o Ángel González, principalmente, elevarían a marcas estilísticas registradas. Y es que en esos años el poeta mantenía una actitud de claro enfrentamiento y variados desplantes hacia la poesía de los cincuenta, contra la que obraba por

acción u omisión. No puede pasarse por alto, en este sentido, su protagonismo en la dirección de una revista como *El pájaro de paja*, sencilla, rústica, provocadora, claramente antioficial y reunidora de cuanto poeta francotirador aparecía entonces en España, pocos, desde luego, porque estaban mal vistos y no hacían carrera: los Chicharro, Ory, Miguel Labordeta, Cirlot, Cela, Fernández Molina, Carlos de la Rica, más los Otero y Celaya más anticonvencionales, y sus compañeros fundadores Ángel Crespo y Federico Muelas.

Como no puede pasarse por alto su fundación y dirección, junto a Ángel Crespo, de nuevo, de otra revista fundamental en la posguerra: *Poesía de España*. La mejor, sin duda, y la más representativa de las que a principios de los sesenta (nueve números entre 1960 y 1963) se publicaban en España, inmejorable escaparate de la poesía dominante, de la corriente social o política, con todos sus más preclaros representantes de las dos primeras promociones de posguerra, más escogidas traducciones de los poetas extranjeros más representativos del siglo. En cuanto a su labor creativa en esta etapa, dos libros como *El corazón en un puño* (1961) y *Política agraria* (1963) reúnen un buen puñado de poemas que ejemplifican cómo se puede ser crítico sin caer en el panfleto, pecado muy al uso entonces entre aquellos que escribían este tipo de poesía y del

que no se salvó el propio Carriedo en otros. Las consignas del Partido Comunista que dirigía la operación no salvaguardaban la compatibilidad con la estética.

Tras caer en la cuenta del peligro y acusarse de su pecado, el poeta inicia una nueva etapa lejos del territorio común, muy cercano a la poesía brasileña que experimentaba con la dicción seca y horadante del concretismo. Así nació *Los lados del cubo* (1973), cuya temática gira en torno al mundo del arte: arquitectura, sobre todo, escultura, pintura..., y que es de nuevo una propuesta original en la poesía del tiempo, en este caso ensayando la abstracción y el poema objeto.

De sumo interés los poemas de su última etapa, aquellos inéditos que el poeta adelantó en la antología de *Hiperión* y otros que luego aparecerían en las ediciones póstumas de *Lembranças e deslembranças* (1988), escrito en portugués, y *El libro de las premoniciones* (1999). En esta última etapa, Carriedo, dueño de sus recursos y con una amplia experiencia vital, escribió poemas de una gran desnudez y una estremecedora lucidez frente a la finitud y la muerte. Una poesía

ciertamente interrumpida en plena madurez de su autor.

A la prieta y sólida selección, añade con gran acierto Francisca Domingo un apéndice con los textos teóricos de Carriedo sobre poesía. Pocos pero muy ilustrativos para entender por dónde caminaba en la poblada selva de la poesía española de su tiempo quien con sus libros y con las revistas fundadas mantuvo una inequívoca actitud de diferenciación y búsqueda de caminos propios. Echo de menos la entrevista que concedió a Javier Villán en Palencia: *paisajes con figura* (1980), que es un esclarecedor repaso de todas sus vicisitudes poéticas. También habría que añadir los manifiestos de su etapa juvenil en Palencia, de poca enjundia teórica pero históricamente simbólicos, para que estuviese completo.

Por lo demás, una edición ejemplar que singulariza muy bien a este irreplicable poeta. Una muestra parca, pudiera parecer, pero inteligente. Los poemas escogidos son una representación cabal del mejor Carriedo, ese que brilla precisamente en las distancias cortas: en pocos pero magníficos poemas.

César Augusto Ayuso